

## CARTA DÉCIMAQUINTA.

SUMARIO: La muerte no es sino una apariencia de muerte. —Inmenso consuelo de los que mueren.—La muerte gozosa debida al Cristianismo.—Ejemplos.—San Luis. —Berchmans.—Alfonso Francisco, duque de Módena.

### QUERIDO AMIGO:

Pues la vida presente no es la vida, sino apariencia de tal, tampoco la muerte es muerte, sino cosa parecida. En la fe de estas dos verdades, tan antiguas como el mundo, tan extensas como la humanidad, rechazadas solamente en los tiempos antiguos y en los modernos por los cerdos chicos y grandes de la piara de Epicuro, *Epicuri de grege porcus*, pero afirmadas incesantemente por la más alta autoridad que hay debajo del cielo, y es nuestra infalible madre la Iglesia católica; en esta fe, repito, se encierran todos los consuelos de la pobre humanidad; consuelos para los que sobreviven á sus difuntos más queridos, como ya lo hemos visto; consuelos para los que mueren, como lo vamos á ver.

Elevando hasta la evidencia la certidumbre

de esta verdad, que la muerte no es sino una apariencia de muerte, el Cristianismo ha hecho nacer un género de muerte desconocida de todo lo que no es cristiano: la *muerte gozosa*.

Entre tanto que el pagano de hoy día, como el pagano de otros tiempos, tiembla con todos sus miembros al pensar en la muerte, y llegado el caso se retuerce desesperado en brazos de la muerte, y recibe el golpe mortal con la estúpida imprevision del buey llevado al matadero, el cristiano ve sin temor acercarse la muerte, y la desea y muere lleno de gozo. A falta de otras pruebas, este sólo contraste bastaría para demostrar la divinidad del Cristianismo.

Vamos, querido amigo, á visitar algunos cristianos en el lecho del dolor, donde esperan el fin próximo de su peregrinacion, y no te asombres del espectáculo que vas á presenciar.

Tú sabes que el nuevo Adán, el caudillo de la humanidad regenerada, nuestro Señor Jesucristo, suspiraba por su muerte, que llamaba su bautismo<sup>1</sup>. Vencedor de la muerte,

<sup>1</sup> «Baptismo habeo baptizari, et quomodo coactor usquedum perficiatur». (Luc., xii, 50.)

y padre del siglo futuro, legó su espíritu á sus discípulos. Nadie ignora, excepto acaso los bachilleres modernos, que el más ardiente deseo de San Pablo, después que volvió del tercer cielo, era el de romper los lazos que le retenían en el mundo <sup>1</sup>.

Mas no tenemos que remontarnos á los Apóstoles, ni á los mártires, ni á los cristianos de los primeros tiempos; voy á buscar ejemplos más próximos á nosotros, y no serán ménos elocuentes. Si no cito más que unos pocos, no por eso creas que esas muertes llenas de confianza y de alegría son muy raras, áun en nuestros días. Entre los cuatrocientos mil sacerdotes católicos habrá pocos, si hay alguno, que no hayan tenido la dicha de presenciárlas muchas veces en el ejercicio de su ministerio.

En mi última carta hemos admirado la sublime resignacion de San Luis al saber el paso á mejor vida de su tierna y santa madre. Veámosle ahora á él mismo en presencia de la muerte.

Había llegado el santo rey delante de Tú-

<sup>1</sup> «Coarctor autem a duobus: desiderium habens dissolvi et esse cum Christo, multo magis nullius». (Philipp., 1, 23.)

nez, donde quería establecer el reinado de Jesucristo, cuando fué atacado de la peste, que diezaba su ejército. Desde que sintió acercarse su fin, se apresuró á dejar en orden los negocios del reino, y no se ocupó más que de las cosas de Dios. Después de haber recibido los Sacramentos con gran devocion, y con tal serenidad, que respondía él mismo á las oraciones de la Iglesia, continuó, á pesar de la debilidad de sus fuerzas, invocando á los Santos de su especial devocion, especialmente á San Dionisio y á Santa Genoveva.

A fin de imitar al Rey de los Reyes, muerto en la cruz, se hizo poner en una camilla cubierta de ceniza, donde con los brazos cruzados sobre el pecho, fijos los ojos en el cielo y ocupándose más de los otros que de sí mismo, repetía continuamente estas palabras: «Señor, santificad y guardad á vuestro pueblo».

«Miraba dulcemente á los circunstantes, dice el Obispo de Túnez, testigo ocular, y hacía muchas veces la señal de la cruz. Entre la hora de tercia y el medio día pareció que se dormía durante media hora larga.

»Habiéndose asegurado en este misterioso recogimiento de que todo estaba dispuesto para su partida, abrió el santo rey los ojos, y

mirando al cielo, dijo: «*Voy á entrar en la casa del Señor*»; y desde entonces ya no habló más palabra. Como á la hora de nona, espiró el lunes 25 de Agosto y año del Señor 1270. Quedó tan hermoso y de buen color como en los días de su completa salud, y á muchos pareció como que sonreía»<sup>1</sup>.

Ya lo ves: nada de turbacion, nada de terror; todo sucede con la calma, la confianza y serenidad con que se harían los preparativos de un viaje ordinario. Esto nada tiene de sorprendente: el cristiano sabe lo que es, de dónde viene y á dónde va.

Pasemos rápidamente la Edad media, durante la cual encontraríamos en todos los rangos de la sociedad millares de muertes semejantes á la de San Luis. Vamos al principio del siglo xvii. Entremos en el Noviciado de los jesuitas de Roma, y penetremos hasta la enfermería. Allí yace en pobre lecho un joven de veintidos años, atacado de mortal enfermedad. Nació en los Países-Bajos, que dejó por seguir á Jesús, y se llama Berchmans.

En el momento en que nosotros entramos, llega el Padre Rector, que le dice bondado-

<sup>1</sup> *Hist. univ. de l'Eglise*, t. xviii.

samente: «Hermano, si fuera voluntad de nuestro Señor llamarle á sí, ¿tiene alguna cosa que le dé pena?» «Nada absolutamente, respondió con humilde confianza el amable joven. Se trata de un Dios demasiado bueno para que yo tema su presencia; me someto á todo lo que sea su voluntad: si es de su agrado el que yo muera, dispuesto estoy, y ese es mi mayor deseo; si yo lo hubiera de decidir, no diferiría el morir ni por un momento».

A cada instante el santo enfermó repetía la expresion de los mismos sentimientos. El religioso que le asistía, viéndole debilitarse más y más, le declaró que estaba próximo su fin.

Al oír esta noticia, Berchmans se llenó de gozo, y abrazando al enfermero, exclamó: «¡Oh, la gran noticia! Es la más dulce y consoladora que he recibido en toda mi vida».

Llorando el hermano en vista de la alegría del moribundo,—¿Por qué llora? le dijo Berchmans. ¡Me ama y llora de mi felicidad!» Luego, tomando el Crucifijo, con el acento de la más tierna devocion y viva confianza decía: «Bien sabeis, Señor y Dios mío, que nunca he amado nada, ni deseado nada, ni poseído nada en el mundo más que á Vos sólo. Por

vuestra misericordia, tampoco hoy amo ni deseo sino á Vos».

Como se viera que adelantaba rápidamente hacia el término de su peregrinacion, el enfermero le tomó el pulso, y le dijo: «Nos vamos, hermano Berchmans; nos vamos». Al oír esta noticia, el santo enfermo toma su Crucifijo, que entrelaza con el rosario y el libro de las reglas, diciendo: «Esto es lo que más he amado yo en el mundo, y con lo cual muero gustoso».

Entre tanto los médicos consultaban sobre emplear nuevos remedios. «Demasiado se molestan ustedes por mí, les dijo con su gracia ordinaria; el Señor me llama». «¿A dónde?» le replicó uno de ellos. «Al cielo, señor, al cielo».

En efecto, se comenzó á recitar la recomendacion del alma, y al llegar á estas palabras: *Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo, perdonadle*, hizo suspender la recitacion, y con inefable ternura repitió treinta veces: *Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo, perdonadme*. En esta invocacion, con rostro apacible y la sonrisa en los labios, añadiendo los santos nombres de Jesús y de María, se durmió dulcemente con el sueño de los justos el 13 de Agosto de 1621.

Dado que todo sér repugna esencialmente su destruccion, tú convendrás, querido amigo, y contigo todo el mundo, que el joven viajero, al tomar el viaje á que acabamos de asistir, no consideraba la muerte como muerte, ni esta vida como vida. Igual manera de estimar la una y la otra se encuentra en todos los verdaderos cristianos. He aquí otro ejemplo, que recojo con preferencia á otros, porque pone de manifesto que en los penitentes sinceros el recuerdo de sus pecados no disminuye en la última hora, ni el deseo de la verdadera vida, ni la confianza de obtenerla.

Alfonso Francisco, duque de Módena, manifestó desde luego cualidades brillantes de príncipe completo; durante los primeros años de su reinado fué el ídolo de su pueblo. Desgraciadamente cortesanos pérfidos, celosos de ser los primeros en recibir mercedes, le persuadieron que debía reinar por el temor más bien que por la bondad. El joven príncipe cayó en la red, y se tornó cruel. Su tiranía le enajenó pronto las afecciones de su pueblo, é hizo caer en la desesperacion á gran número de familias. Los consejos de su virtuosa esposa le hacían volver en sí, y se avergonzaba de sus abusos; pero pronto el vicio volvía á dominarle.

En estas alternativas de enmiendas y recaídas, murió su buena esposa en la flor de la edad. Los amargos pesares que le ocasionó esta muerte prematura le inspiraron tan serias reflexiones, que ya no pensó más que en adoptar una vida de retiro y penitencia. Arreglados los negocios del Estado, se retiró al convento de los franciscanos de Miran, pequeña ciudad del Tirol, donde hizo sus votos con el nombre de Fr. Juan Bautista. Puede decirse que con este nombre recibió en su plenitud el espíritu de San Francisco.

¡Espectáculo digno de los ángeles! Este Alfonso, príncipe soberano poco há, y que mandaba con tal fiereza, se somete con la sencillez de un niño á una palabra y á la menor señal, no sólo del superior, sino del último de sus hermanos en religión. Este Alfonso, servido poco ha por tantos dignatarios, se honra de barrer el convento, de fregar los platos y de prestar á los enfermos los servicios á que más se resiste la naturaleza. Exacto en acusarse públicamente cada día de sus menores faltas, y no ménos en cumplir con alegría las penitencias que le imponían, jamas se le escapó una sola palabra que pudiera recordar su antigua dignidad.

Ordenado de presbítero, fué destinado á la

predicacion por el general de su Orden. Su talento, su celo, y más aún su ejemplo, hicieron prodigios; pero sus fuerzas sucumbieron bien pronto á las fatigas del apostolado. Le cogió una calentura, que en pocos días llegó á tomar caracteres alarmantes.

Hizo confesion general, y preguntó qué día se celebraba la fiesta de San Félix. Se lo dijeron, y exclamó: «Loado sea Dios, y bendito su santo nombre; ese día acabarán mis penas, y dormiré y descansaré en el Señor». Hasta entonces los médicos habían conservado alguna esperanza; pero la disipó una crisis inesperada.

Enterado de su estado, el admirable moribundo suplicó al Padre guardian que reuniera y le presentara la comunidad; y recogiendo las pocas fuerzas que le quedaban, dijo á sus hermanos: «Les he hecho llamar para hacerles saber la buena noticia que me acaban de dar. Me han anunciado, y yo ya lo sabía, que me voy á morir, y espero entrar muy pronto en la casa de mi Señor para gozar eternamente del último efecto de sus misericordias. El gozo que esto me causa no me cabe en el corazon, y me siento tan obligado á la bondad de Dios, que les ruego me ayuden á darle gracias. Rece-

mos el cántico de la Santísima Virgen».

Comenzó con celestial fervor el *Magnificat*, que la comunidad continuó, y luego el cántico de Zacarías. Tomando otra vez la palabra el santo moribundo, exhortó á sus hermanos á la perseverancia, y luégo añadió: «Me muero, y muero contento. Si algo me pesa, es el no haber conocido ántes, y abrazado más presto, este santo género de vida, que despoja á los poseedores de los bienes de la tierra para enriquecerles de virtudes. ¡Oh, qué rica es esta pobreza, que merece el reino de los cielos y la posesion del mismo Dios! Ella es todo mi tesoro, y declaro que nunca he creído que las cosas de que usaba fueran mías. Por eso yo le suplico, Padre guardian, que me quite este hábito que llevo. Concédame, por caridad, el hábito más malo que haya en el convento, para cubrir este cuerpo miserable».

Cediendo el Padre guardian á sus instancias, el antiguo duque besó el hábito de deshecho que le trajeron; y como quisieran descoserlo para ponérselo sin molestarle, no lo consintió, diciendo que no había que tener contemplaciones con su cuerpo; y se quitó el otro hábito, repitiendo las palabras de Job:

«Desnudo salí del seno de mi madre, y

desnudo volveré: justo es que imite á nuestro Padre San Francisco y á Jesucristo nuestro soberano Señor».

Recibió los últimos Sacramentos con tal devocion y alegría, que llenó de admiracion y edificó á los circunstantes. Después de haber pedido perdon á todos sus hermanos, hizo que le acercaran al príncipe Filiberto, su hijo, que había acudido al saber la enfermedad de su padre. Éste le bendijo con una ternura que probó que la gracia no destruye á la naturaleza, sino que la perfecciona, y le encargó que llevara su bendicion á los otros hijos.

El feliz viajero, hechos todos los preparativos para dejar este valle de lágrimas, volvió todo su pensamiento á la patria en que iba á entrar. Con los ojos fijos en la que es dulce Reina de la gloria, la dijo: «María, Madre de gracia, Madre de misericordia; protegedme contra el enemigo y acogedme en esta hora de mi muerte».

Al concluir esta invocacion se durmió dulcemente para despertar en la bienaventuranza eterna. Fué en el convento de Castelnovo el 24 de Mayo de 1664 <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> *Vidas de los justos*, etc., por el abate Caron.

¿Qué dices de esto, querido amigo? ¿Es eso morir en el sentido desolador que el mundo da á esta palabra? Semejante muerte, ¿no se ve llena de vida, y vida inmortal? ¿No tengo razon para decirte, que para el cristiano la muerte no es más que una apariencia de muerte y el paso á la verdadera vida? ¡Quiera Dios que lo sea la nuestra!

Tu afectísimo...

## CARTA DÉCIMASEXTA.

SUMARIO: La muerte gozosa: nuevos ejemplos.—Suarez.—Baronio.—Sor María de Venecia.—Sor Antonina de San Jacinto.—Fulvia Segardi.—José Scamacca.—Angélica Fabre.—Felicitas de Netumieres.—El hermano Moisés.—Amado Bailly.—Mr. Jacquinet.

### QUERIDO AMIGO:

Es tan dulce el cuadro que en mi última carta te puse á la vista, que quiero hacértelo contemplar más todavía: accedo gustoso á tus deseos, que no pueden ser más razonables. Como cristianos que somos, nos conviene muy mucho ver cómo los que de veras lo son dejan esta vida. Su conducta en ese momento supremo nos alienta y nos consuela: dos beneficios que nada puede proporcionarnos en igual grado.

Antes de salir de Italia, pasemos á Roma. ¿Ves en su lecho de muerte á uno de los más insignes teólogos de la Iglesia? Se llama Suarez. Escucha sus últimas palabras: «¡Oh Dios mío! ¡Yo no sabía que tan dulce fuera el morir!» Contempla también, no lejos de allí, al